



CAROL FRIEDMAN

Aún no somos conscientes de la magnitud de la obra de **Andrew Hill**, y mucho menos de lo que su pérdida significa. Porque la suya es una ausencia que se notará cada año más. Músico íntegro, honesto y tremendamente importante para el jazz contemporáneo, su influencia es constante aunque vagamente reconocida por un público que, en demasiadas ocasiones, le ha obligado a ser un incomprendido. Aceptando los desplantes de la industria discográfica con la entereza de quien se sabe fiel a sí mismo, Hill consagró toda su vida a una música tan auténtica como él.

A ndrew Hill

El solitario
sendero de lo
impredecible

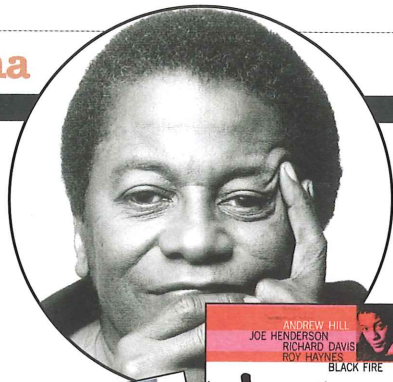
No puedes agradar a todos con tu hacer y tu obra de arte;
haz justicia sólo a unos pocos; gustar a muchos es malo.

Nuda Veritas

Schiller

La inesperada muerte de Andrew Hill el pasado 20 de abril cayó como un mazazo sobre muchos aficionados que creíamos haberle recuperado para siempre. En nuestro delirio sentíamos que él, como su música, era eterno. Hace 15 años pocos le recordaban y su disponibilidad discográfica era paupérrima, pero recientemente Blue Note había propulsado una resurrección a base de recuperar sus gloriosas gra-

baciones de los 60, muchas de ellas inéditas. Alfred Lion, el visionario propietario del sello, fue quien reparó en el pianista y se apresuró a contratarle, y también quien le dijo que su música no sería comprendida hasta décadas después. Desgraciadamente no se equivocó, y entre los criterios comerciales imperantes y su eterno aura de *enfant terrible* independiente, su carrera ha sido tristemente intermitente. ►



► Desde el año 2000 publicó varios discos, salió de gira habitualmente en numerosos formatos (del piano solo a la big band), fue galardonado con el Jazzpar Prize e incluso volvió por tercera vez a fichar por Blue Note. A pesar de su cáncer de pulmón, Hill grabó un disco fantástico, *Time Lines*, que consiguió situarse entre los mejores de 2006 para la mayor parte de publicaciones especializadas (incluida la que tiene usted en las manos). Por fin gozaba de la atención y el reconocimiento que siempre mereció y esta buena salud musical ha hecho más traumática la noticia de su desaparición.

Hill es el paradigma del artista inquieto. Su principal valor radica en su originalidad y su obra es absolutamente despiadada, sin concesiones al oyente. No hay un momento para tomar aliento, un giro facilón o un acorde recurrente; su misión no lo permite. La suya es una música genuina, desprovista de trivialidades, en ocasiones violenta, densa e intelectual, pero también amable y bella, siempre inesperada, siempre impredecible. Las melodías se juntan con los acordes angulosos y los intervalos cortados, y quien recibe los estímulos que Hill lanza debe mantener la atención, porque nunca se sabe lo que viene a la vuelta del compás.

Muchas veces se le ha situado en un imposible colectivo de pianistas "raros", junto a Herbie Nichols, Elmo Hope, Randy Weston o Mal Waldron, entre otros. Estas catalogaciones suelen ser fruto de la necesidad de reducir lo inabarcable a una definición simplista y portátil, y Hill, por su originalidad y su comprometida búsqueda, siempre estuvo en un permanente estado de independencia extrema y en una "tierra de nadie" estilística. Demasiado moderno para ser un bopper, demasiado clásico para ser un vanguardista. En realidad era un enorme incomprendido porque, si bien tocó con músicos de ambas tendencias, el suyo era un camino diferente y en constante movimiento. Sus primeras grabaciones para Blue Note tenían un estilo más o

menos definido; jugaba con las formaciones pero la base musical era similar, un fondo denso y complejo que, a través de intervalos inesperados e intrincados patrones armónicos, producía una música oscura, inquietante y opresiva. *Point of Departure*, su famosa sesión con Dorham, Henderson, Dolphy y Williams, resultó más una tesis definitiva de aquel periodo que un verdadero punto de partida. A partir de ahí los parámetros armónicos se abrieron y las interpretaciones se hicieron más urgentes, menos cerebrales, en busca de una libertad que acabó estallando en grabaciones como *Compulsion*, *Involution* (publicado a nombre de Sam Rivers en 1975) y sus sesiones de 1967, inéditas hasta que fueron rescatadas en 2005 por el sello Mosaic. A pesar de traspasar unas cuantas barreras, la suya nunca fue una libertad agresiva o paroxística como la de otros músicos de la época. Él practicaba una libertad controlada, con una

base algo más abstracta, una mayor independencia de las voces del conjunto, sin renunciar a la melodía ni a la coherencia. Lamentablemente, este giro era muy poco interesante para el departamento comercial de Blue Note, que hizo todo lo posible para apartar a Hill de sus listas de novedades.

Pero él siguió evolucionando, escribiendo y trabajando. En esos últimos años de contrato grabó en diferentes formatos (del trío al noneto), acompañándose de cuartetos de cuerdas, experimentando con el órgano, escribiendo para formaciones atípicas e incluso para coros vocales. Parecía dotado de una cierta ubicuidad estilística a la hora de componer que le permitía pasar de discos como *Grass Roots*, imbuido de la frívola estética soul jazz de finales de los 60, a joyas como *Passing Ships*, en las que un trabajo compositivo espectacular ponía de manifiesto su talento para trabajar con grandes formaciones. Y por encima de todos estos senderos musicales estaba el pianista, con su estilo percusivo y sus acordes quebrados, emergiendo entre las diferentes caras del compositor. Cuando el contrato con Blue Note acabó, Hill se alejó parcialmente del mundo del jazz dedicándose a la composición, la enseñanza y los recitales en piano solo. En esos años de oscuridad grabó algunos discos excepcionales, mostrando nuevos cambios en su estilo que le llevaban a una concepción más reposada de su música. Parecía haber entrado en una etapa de introspección en la que esa tensión de su trabajo en la década de los 60 era sustituida por la calma y la sapiencia de quien disfruta tocando lo que quiere, sin horizontes invisibles que alcanzar. Asimismo, propició una reconciliación de sus personales universos con estéticas más clásicas, desarrollando una escritura que, sin renunciar a la naturalidad, mantenía lo dramático de su estilo. Cuando volvió a Blue Note a finales de los 80 era un hombre en paz que seguía componiendo magníficamente y que demostraba tener una afinidad pasmosa con músicos jóvenes. Muchos de los que tocaron en esa época con él (Greg



Andrew Hill

Osby, Lonnie Plaxico, Robin Eubanks, Cecil Brooks III...) venían del llamado movimiento M-Base y representaban una de las nuevas vías del jazz. Ese entendimiento no es casualidad, ya que muchos planteamientos rítmicos de ese colectivo habían sido puestos en práctica por Hill muchos años antes.

Y es que, a pesar de no haber creado escuela, y de haber estado tantos años relativamente olvidado (es aterradora la cantidad de obras especializadas que no le mencionan siquiera o lo hacen de manera muy tangencial), la música de Hill se ha filtrado entre influencias más obvias y ha marcado a un buen grupo de músicos jóvenes. Músicos que están desarrollando el jazz de nuestro tiempo, sea más o menos original, y que incorporan texturas, giros, ritmos o armonías importadas de la obra de Hill con toda la naturalidad del mundo. Gente como Matthew Shipp, Jason Moran, Vijay Iyer o Lafayette Gilchrist (por nombrar sólo a pianistas), reflejan algunas de las tendencias que intentan ir un poco más allá, por difícil que sea. Y hacia ese futuro del jazz les acompaña la sombra del maestro, cuya música de hace 40 años es tan moderna como la que hoy en día desarrollan muchos vanguardistas.

El 14 de noviembre del pasado año, con el cáncer avanzado y una intervención reciente en las cuerdas vocales, Andrew Hill estrenó en directo con su noneto la música que había grabado en 1969 y que no fue editada hasta 2003, *Passing Ships*. Aunque no fue su última actuación, la atención que suscitó la convierte en un acontecimiento importante. Es irónico pensar que esa involuntaria despedida se hizo presentando música escrita hace más de 35 años. Una vez más, el tiempo pagaba su deuda al incomprendido. Quién sabe, quizá dentro de 35 años Andrew Hill este unánimemente considerado como lo que siempre fue: un pianista absolutamente personal, un compositor genial y un músico imprescindible para comprender el jazz que vivió y el que vino tras él.

• Ver reseña de *Compulsion* en Sección Discos

UVa



UNIVERSIJAZZ07

Festival Internacional de Jazz de la Universidad de Valladolid
www.extensionycultura.uva.es

 organiza

Universidad de Valladolid
 Área de Extensión y Cultura

Del 17 al 20 de julio de 2007
Museo de la Ciencia, Valladolid
Avda. Salamanca, s/n

Martes, 17 de julio. 21:30 horas
Israel Sandoval Trío
Atomic

Miércoles, 18 de julio. 21:30 horas
World Saxophone Quartet

Jueves, 19 de julio. 21:30 horas
Carnavals
Amato/Ionata Hammond Quartet

Viernes, 20 de julio. 21:30 horas
Dave Liebman
& Wolfgang Reisinger Dúo
Jerry González Latin Band

Director Artístico: José Luis Gutiérrez

 colabora
Museo de la Ciencia


Ayuntamiento de Valladolid





